

021 NSC (276)

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 276

25 Cts



**DE CARBONERO  
A GRAN SEÑOR**

POR  
Marie Prevost,  
Matt Moore,  
etc.

**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI                      BARCELONA                      N.º 276

---

## DE CARBONERO A GRAN SEÑOR

Interesante y divertida comedia  
cinematográfica, interpretada  
por los célebres artistas:

**MARIA PREVOST, MATT MOORE,  
DAVID BUTLER, etc.**

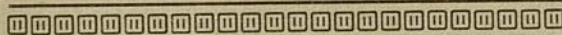
Selecciones **LUXOR VERDAGUER**

Consejo de Ciento, 290, bajos

**BARCELONA**

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**CLAUDE GILLINGWATER**



## DE CARBONERO A GRAN SEÑOR

### Argumento de la película

Los millones no son la felicidad completa. Patente demostración de ello es que la "pobre" millonaria Myra Gaylord, después de haber recorrido diferentes países, ha regresado a su suelo natal cansada de viajar y aburrida de las novedades que en todas partes se idean con el fin de distraer el tedio que a pesar de todo embarga a los privilegiados de la fortuna.

Aquella adorable criatura no sabía ya en qué emplear sus horas de ocio, ni siquiera con exactitud lo que deseaba. Tampoco el amor, con el significado vago que hoy ha adquirido esta palabra, era un aliciente para Myra, que sentía profunda indiferencia por sus galanteadores corta-

---

Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

---

dos por el mismo patrón del hombre a la moda, vulgar siempre hasta en su afán de singularizarse.

Sin embargo ella presentía que entre la multitud aquella que llenaba las calles, debía hallarse el hombre que estaba destinado a hacerla sentir una emoción nueva, tal vez el verdadero amor.

Partió un billete de cien dólares en dos trozos, y en uno de ellos escribió:

*Si el que encuentre este medio billete desea el resto, que se presente en el número 37 de la Avenida del Parque sin pérdida de tiempo.*

Y decidió confiarse al azar, ese diablillo tentador del corazón femenino, lanzando el medio billete a la calle...

Miguel Smagg es un carbonero rudo, de cuerpo vigoroso y brazos hercúleos.

Su espíritu poco nutrido hace que todos los actos de su vida sean regidos por el instinto y a veces por lo poco que discierne su escasa inteligencia.

Acaba de dejar su carro, cuando con la pala al hombro encaminábase hacia su casa. Por el camino tropezó con un elegante al que distraída-mente atropelló.

—Podría usted ser un poco más cuidadoso con los viandantes...

Apenas terminó de pronunciar estas palabras de un soberbio empujón fué a dar con su cuerpo en el duro suelo unos metros más allá. Era nada menos que el insigne Brewster Bradford, el más asiduo galanteador de Myra.

No hizo más que soltar al elegante cuando nuestro hombre divisó en el suelo un papel multicolor. Lo recogió y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Era un billete de cien dólares pero ¡oh desilusión! no era un billete, sinó medio. Ya se disponía a arrojarlo cuando observó que decía algo escrito. Leyó lo que nosotros ya sabemos, pues era el famoso billete de Myra Gaylord, y tal como su cabeza le dictara varió de ruta y se dirigió a la Avenida del Parque, mientras murmuraba:

—Ya tenía yo noción de que existían estos billetes.

Inútil es decir la facha que Miguel Smagg ofrecía con su indumento de carbonero recién salido del trabajo, negro de cara y manos y con las barbas que ensombrecían todavía más su tizado rostro, y apoyada sobre el hombro una pala de enormes dimensiones.

Los porteros de la casa lo único que hicieron fué oponerse a que utilizara el ascensor, y él que se creía con el mismo derecho que cualquier mortal, de un manotazo los separó a los

dos y se coló en el aparato con el que ascendió.

Una monísima criada salió a abrirle y se llevó un susto cuando vió frente a sí a aquel estrafalario sujeto.

Poco después salió Myra y le hizo pasar. Le miró bien de pies a cabeza y dijo para sí:

—No puedo quejarme. Lancé una carta al destino y me mandó una respuesta algo oscura pero comprensible.

El carbonero al darse cuenta de que era objeto de detenido estudio por parte de la hermosa dama, le dijo:

—Si soy feo, en cuanto me dé usted el dinero me voy...

Seguidamente recibió la otra mitad del billete.

—Muchas gracias... —murmuró, y dando media vuelta iba a marcharse.

Myra comprendió que la ocasión de conocer a un ser virgen de cultura y acaso con un corazón muy grande, no se le presentaría jamás. Tuvo un arranque.

—Dudaba en decírselo pero ahora comprendo que es la Providencia quien le envía... es usted el hombre que yo necesito...

El carbonero se detuvo y la escuchó con atención.

—Estos cien dólares son simplemente el prin-

cipio de su fortuna... ¿Le molestaría a usted que le blanquearan suavemente y le convirtieran en todo un gran señor?

—No se burle usted. En mi casa todos gozamos de buen color y el domingo si me viera usted no me conocería.

Inquirió por su nombre y su oficio.

—Me llamo Miguel Smagg y sin orgullo puedo decirle que soy el mejor carbonero de la ciudad... honra del gremio...

Y mientras pronunciaba las últimas palabras levantó la manga de su camisa y mostró a Myra un tatuaje en el antebrazo, en el que aparecía dibujada la marca de los carboneros y una inscripción que rezaba: socio número 3.

—Pues yo, señor Smagg, he propuesto que olvide usted su oficio y deje la pala para vestir a la última... Para convertirle a usted en el ídolo de la Quinta Avenida, el dandy más admirado de Nueva York.

—Ya que es usted tan amable demuéstremelo sirviéndome una copita —dijo nuestro carbonero que no perdía de vista su propio regalo.

Myra hizo que le trajeran una botella de Kummel, y el carbonero se llenó un vaso de los de agua, cosa que sorprendió en extremo a Myra.

Entretanto la millonaria telefoneaba a su peluquero y le recomendaba:

—Mande dos de sus mejores peluqueros, gente joven y fuerte.



...y el carbonero se llenó un vaso de los de agua, cosa que sorprendió en extremo a Myra.

A continuación llamó a uno de los mejores sastres de la ciudad y le encargó:

—Necesito un equipo completo para convertir a un carbonero en gran señor.

Durante el tiempo que duró la transformación

del carbonero, la millonaria no cesó de interesarse por él.

—¿Qué tal se porta el carbonero, Ivette?

—Debe ser muy religioso porque nombra muchos santos.

Unas horas más tarde nadie hubiera reconocido al ex carbonero. Afeitado, limpio, perfumado, y vistiendo un elegante traje de chaqué.

Miguel Smagg vió por fin que la cosa iba en serio y que no se trataba de burlarse de él y estaba ya satisfecho.

Entonces la millonaria le dió unas lecciones sobre el modo de comportarse en sociedad, las cuales al ser repetidas por el alumno de manera burda provocaban la hilaridad de Myra.

Con unas observaciones sobre los temas de conversación que debía enfocar cuando fuera presentado a alguna persona, haciendo uso especialmente del que al estado atmosférico del tiempo se refería, Myra dió por terminada la lección y le dejó marchar a sus anchas.

Sin perder minuto se dirigió a la habitación que aun utilizara el día anterior, siendo recibido por la patrona con muestras de verdadera admiración.

La llegada del carbonero en el miserable barrio constituyó una nota de pintoresca curiosidad. De boca en boca fué corriendo la noticia

y todas sus amistades de ayer se congregaron a la puerta de la casa comentando la noticia con extraordinaria pasión.



*...la millonaria le dió algunas lecciones sobre el modo de comportarse en sociedad...*

Le dijo a su patrona:

—Puede usted disponer de mi habitación... voy a pasar el verano en un cuarto del hotel Ritz... Es el tiempo, señora Polonia... verdad que hace calor, ¡oh, es horrible!

Cuando Miguel volvió a salir, todos los que

se hallaban a su puerta abrieronle paso, y él, infatuado y pagado de sí atravesó por entre aquella multitud sin dignarse siquiera darles la cara.

\* \* \*

La señora Van Velt dió una fiesta en honor de la mejor sociedad y Miguel fué invitado.

En la memoria del ex carbonero habían quedado grabadas las cuatro palabras que Myra le había enseñado y este era todo su trato social.

Cuando llegó, acompañando a la millonaria que le introducía en los salones, a casa de los Van Velt, ya la fiesta se hallaba en su apogeo. En la puerta del salón donde la señora de la casa les hizo los honores había un hermoso jarrón de porcelana de Sèvres contra el que nuestro hombre, turbado por la magnificencia de la mansión en que se hallaba, dió un tropezón y lo derribó; afortunadamente pudo cogerlo antes de que llegara al suelo, y dijo mientras enjugaba el sudor que corría por su frente:

—¡Zambomba, por poco hago pedazos este jarrón!

—Se trata de un regalo de boda, pero un

día u otro acabará hecho pedazos — repuso benévola-mente la señora Van Velt.

Miguel, presuroso lo estrelló contra el suelo, al tiempo que decía:

—¡Señora, mi deber es complacerla!

Para sacarle del apuro intervino Myra, quien dijo a la atónita señora de Velt:

—Este famoso profesor Smagg es un eminente sociólogo. Me lo presentaron en Londres en casa del duque de Billingsgates.

—¿Qué tal, señora... un tiempo de perros, verdad?

Intervino un nuevo personaje que fué a su vez presentado a Miguel.

—Señor Smagg, le presento a usted al señor Bradford, los dos son ustedes grandes pensadores y debían conocerse.

Miguel reconoció al elegante que unos días antes le diera un empujón y le dijo, de modo tan correcto como tímido:

—Me parece que no es la primera vez que le veo a usted, señor Blandford.

—Confieso, profesor, que tiene usted mejor memoria que yo.

Ya en el salón, Miguel fué presentado a la hija de la casa, la monísima Dolly y a otras varias señoritas, causando su aspecto verdadera

sensación en todas las muchachas casaderas que concurrieron a la fiesta.

Bailó con Dolly y tenaz en su idea de iniciar conversación a base del tiempo, la dijo:

—Debería usted abrigarse mejor el pecho. El tiempo es horrible.

La chica se ruborizó. Coincidió que cerca de ellos se hallaban la señora Van Velt y Myra y ésta dijo:

—Me había olvidado de advertirles a ustedes que el profesor es un gran moralista.

Luego reunida con varias de sus amigas la millonaria comentaba:

—Es un hombre original que tiene un gran atractivo por su carácter especial.

Miguel acababa de llegar y había ya conquistado todo el elemento femenino. Su protectora que se percató de ello fué a advertírselo:

—Animo, Miguel; dos o tres rasgos más y causará la sensación definitiva.

Momentos después fué presentado a otra muchacha perteneciente a la más encopetada aristocracia, con la que también salió a bailar.

—Está nublado, ¿verdad? Seguramente tendremos lluvia.

Por esta vez las palabras del profesor resultaron una predicción, pues que el cielo vertió el agua a cántaros. Al darse cuenta la muchacha



que bailaba con Miguel de que estaba lloviendo, le dijo admirada:

—Es usted un hombre terrible. Está usted enterado de todo. ¡Qué talento!

Terminado este baile Miguel se reunió con su buena amiga Myra, y le dijo:

—Me parece que me porto perfectamente, como si toda la vida hubiera andado por los salones.

—Sí, ya va mejorando. Así venciendo la timidez es como se consigue algo. Procure asustarlas atreviéndose y esto las interesará más...

—Si fueran carboneras, en el acto estaríamos entendidos, pero me corto...

—Atiéndame, Miguel. A las mujeres nos gusta lo exótico, algo fuera de lo corriente y vulgar. Por esto en los lances de amor triunfan siempre los audaces, a quienes les acompaña la fortuna.

Miguel escuchaba con atención cada vez más creciente. Le parecía comprender lo que de él se pretendía. Myra terminó:

—Siga usted mis consejos y contará sus empresas por triunfos.

Ahora se sentía muy otro. Vió a Dolly que bailaba con Bradford y sin encomendarse a Dios ni al diablo los separó y enlazando el cuerpo gentil de Dolly con su nervudo brazo derecho

se puso a bailar con ella. A Bradford le salieron chispas por los ojos y a no ser que Myra acudió presurosa y bailó con él, seguramente hubiera habido un lance.

Smagg, sin dar importancia a lo que acababa de hacer, preguntó a Dolly:

—¿Qué opina usted del beso, señorita? ¿Verdad que es fruta de todo tiempo?

—¡Oh! no aquí, señor profesor... vámonos al jardín...

No era esto lo que él quería y dejó a Dolly plantada. Separó a la pareja que pasó más cerca de él y repitió la operación de la vez anterior. Ella era una rubia ideal, de ojos azules y labios prometedores. Entabló nuevamente la pregunta:

—¿Qué opina usted del beso, señorita? ¿Verdad que es fruta de todo tiempo?

—Sí, pero no la cultivemos aquí... por favor.

Se deshizo de ella igual que de Dolly y buscó su nueva pareja, separando otra, la que halló más cerca de sí. Volvió a preguntar:

—¿Y si nos diéramos un beso?

Casualidades. Una interrupción en la corriente eléctrica dejó el salón completamente a oscuras. Terminada la pregunta y al notar que la mejilla de su pareja se había acercado más de lo debido a su rostro, estampó en ella un beso. Su pareja

se ruborizó en extremo, y le dejó al tiempo que decía:

—¡Oh, señor profesor!



*...y buscó su nueva pareja, separando otra, la que halló más cerca de sí...*

Pasó cerca de sí la rubita con la que bailara momentos antes: cogiéndola entre sus brazos y la dió un apasionado beso. Esta, extrañada, acercó su rostro al de Smagg y cuando pudo observar quién había sido el atrevido, también exclamó:

—¡Oh, señor profesor!

La luz no se había encendido aún. Pasó Dolly por su lado y también la dió un beso, al que ella



*...y vió que había besado a Myra...*

contestó, pero al observar atentamente en la obscuridad pudo saber quién era el que la trataba con tanto desparpajo, y dijo:

—¡Oh, señor profesor!

Y se fué.

Aun tuvo ocasión de sujetar a otra muchacha

que pasó cerca de él, y también la dió un beso. Pero en aquel momento se encendió la luz y vió que había besado a Mary la cual mirándole severamente, exclamó:

—¡¡Oh, señor profesor!!

—¡Ah... pero es usted, Myra... No me había fijado...

Y corrido por el ridículo dió media vuelta y salió al jardín.

Myra empezaba a arrepentirse de haber introducido a aquel hombre sin principios entre la mejor sociedad, y mientras miraba hacia la puerta por donde había desaparecido observó con extrañeza que primero una chica morena, casi negra, salía como distraídamente al jardín. Luego la rubita que ya conocemos, hizo lo propio con el pretexto de ver si aun llovía. Y luego Dolly, la hija de la casa, también salió.

No dudó un instante; todas ellas habían visto salir al seudo profesor y querían sin duda tener con él una entrevista a solas.

\* \* \*

Nada enaltece tanto como el éxito, padre de la fama. Y nadie ponía en duda que el carbonero era un gran señor. Y las amorosas misivas llovían sobre Miguel Smagg.

La propia millonaria que había hecho su presentación en sociedad, se preguntó ahora más de una vez:

—Pero, ¿estaré yo enamorada de mi carbonero?

Miguel, por su parte, gracias a la generosidad de Myra, se daba cuenta de que acostumbrarse a la buena vida es una de las cosas más fáciles. Ocupaba tres habitaciones de un espléndido hotel y disponía de un criado que le tomaba los recados que recibía, le preparaba los trajes, e incluso le vestía. Tal como Miguel era tratado y tal como se hacía tratar hubiera seguramente causado envidia al más poderoso de los rajahs.

Sonó el timbre del teléfono y el criado le pasó la comunicación.

Hallábase perezosamente tendido sobre un diván. Tomó el auricular y escuchó. Era Dolly.

—Se portará usted como un ángel si viene a tomar el te conmigo...

—Cuenta con mi presencia, terroncito de azúcar — dijo y colgó indolentemente el aparato.

Poco después se repitió la escena. Esta vez era Myra.

—Creo no tendrá usted inconveniente en acompañarme a dar un paseo matinal en mi auto...

—Conforme, pero después tengo compromiso con Dolly Van Velt, a la hora del te.

—Si nos retrasamos ya le avisaré de que a ella le corresponde mañana.

Cuando momentos después se reunieron, Miguel pudo observar que Myra tenía el semblante entristecido. Después de un trivial cambio de palabras Myra le dijo:

—Miguel, tal vez sería preferible que yo me retirara para no interrumpir sus éxitos sociales...

El ex carbonero quedó mirándola de un modo indefinido, pues comprendió que por el alma de aquella mujer pasaba algo que él también sentía.

El paseo transcurrió silencioso en medio de un ambiente pesado, que parecía iba a distan-

ciarles más de lo que estaban antes de que se conocieran.

Unos días después en una velada que dió la familia Van Velt, podíase oír el siguiente diálogo entre cinco o seis hermosísimas muchachas:

—¿Dónde se encuentra el señor Smagg?

—¿También a usted le interesa el profesor?

—¿A qué negarlo? Sí, no me desagrada.

—Mantengo mi derecho. Yo le ví la primera —intervino la rubia.

—¿Verdad que es encantador? Mi mamá me ha prometido comprármelo —arguyó Dolly.

Entretanto Miguel había sido llamado por la señora de Van Velt, la cual con la más fina de sus sonrisas y la más persuasiva oratoria le dijo, después de un buen preámbulo:

—...y Dolly siente por usted viva simpatía...

—Tampoco a mí me desagrada ella, tiene un aire muy sanote.

—Perdone mi franqueza de madre, pero mi hija es la única mujer que le conviene a usted.

Quedó él en suspenso y la señora de Van Velt continuó:

—Tengo pupila y he comprendido que ustedes se aman. A una madre no se la engaña fácilmente.

—En esto estamos de acuerdo, señora.

—Qué gracioso es usted, señor profesor.

—La lástima es que no sirvo para casado, lo confieso.



*...donde parecía que se había convertido en el niño mimado de todas las muchachas...*

Momentos después se hallaba otra vez en el salón donde parecía que se había convertido en el bibelot, en el niño mimado de todas las muchachas, que le trataban con suma deferencia. Por el contrario, el elemento varonil, cuando observaba cada uno de ellos que la chica de su

predilección les había abandonado, al buscarla y verla en el corro que formaban todas ellas rodeando al famoso profesor de ocasión, maldita la gracia que les hacía.

Miguel estaba de inmejorable humor.

Desprendióse como mejor supo y pudo de las zalameras muchachas y se dirigió a un salón contiguo donde halló a su protectora.

—De buena gana me casaría con la madre de Dolly... acabo de hablar con ella.

—¿Se casaría usted con ella o con su hija?

—Con la más joven, la vista aun la conservo.

—¿Qué dice usted?

—No se alarme; la he dicho que no sirvo para casado.

—Ignora usted que ha despreciado una heredera de millones...

Ahora Miguel dejó el tono de voz medio bromista que usara hasta entonces. Quedóse mirando finamente a Myra y mientras decía las siguientes palabras, su corazón latía con violencia:

—No importa, por mí se quedará soltera... porque yo no sé expresarme... pero...

Se había ido acercando cada vez más y juntando su boca a la de ella le estampó un sonoro y apasionado beso. Myra desfallecía. Sentía por causa de aquel hombre nuevas sensaciones de gozo y de deleite que la embriagaban.

Duró su abrazo breves instantes, pues la millonaria, repentinamente, se acordó del hombre de la pala, sucio, barbudo y desarrapado, que se presentara a su casa a recoger el medio billete de cien dólares. Y comprendió que iba a ser juguete de su propia diversión, ya que es sabido que no se puede bromear con el amor...

Apartó a Miguel violentamente mientras le decía:

—Ha cometido usted una incorrección.

—Sus amiguitas de usted me tratan de muy diversa manera...

—He observado que un “profesor” si se porta como un carbonero tiene asegurado el éxito.

Miguel comprendió que había obrado mal, tan mal, que le iba a costar perder a aquella figurina que le había enloquecido.

Myra prosiguió:

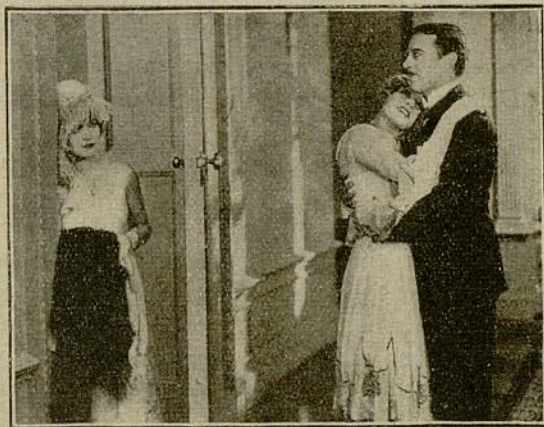
—Sin embargo, si supieran que es usted un carbonero disfrazado, le volverían la espalda.

A Miguel es verdad que le gustaba el nuevo plan de vida que llevaba, pero si le faltaba el amor de Myra prefería volver a su antigua existencia. Así que, resuelto, dijo:

—Yo mismo se lo comunicaré, y si me echan, mejor, apareceré tal como soy.

Hizo que Myra se escondiera en la habitación vecina, y salió al salón. Dolly y unas amigui-

tas hallábanse en grupo aparte. Miguel llamó a la primera, quien dirigió una mirada de superioridad a sus envidiosas compañeras. Entra-



—Dolly, ¿quiere ser mi esposa?

ron los dos en el salón situándose muy junto a la puerta en que se hallaba Myra escuchando.

—Dolly... ¿quiere ser mi esposa?

La feliz muchacha en lugar de contestarle le echó contenta los brazos al cuello y le besó.

—Sin embargo he de comunicar a usted una

pequeñez. Soy carbonero y pertenezco como a tal a la Asociación de mi oficio.

—Sí, ya me han dicho que está usted interesado en estudios sociológicos...

—Se equivoca... No es la palabrita que usted ha dicho, pero en fin, aquí está escrito... — y le enseñó el tatuaje que llevaba en el brazo.

Dolly quedó petrificada. Su semblante mudó de color...

—¡Qué atrevimiento! ¡Abandone esta casa al instante!

Dolly le dejó solo y unos minutos después un criado le entregaba la chistera y el bastón, y Miguel Smagg, anonadado por el golpe recibido atravesó el salón de fiestas en medio de la indiferencia por no decir el desprecio de todos, y salió de aquella casa, donde se había labrado su amor y su infelicidad.

...y como tantos ídolos cayó de su pedestal.

\* \* \*

El rudo golpe recibido había anulado totalmente la voluntad de aquel hombre rudo y fuerte. Se dirigió a su antigua habitación atravesando los principales bulevares. Por su andar, por su modo de llevar el elegante indumento, por su semblante idiotizado parecía un ser estrafalario y ridículo. Cuando llegó otra vez a su barrio todo el mundo comprendió que el esplendor de aquel hombre habíase esfumado. Como la otra vez, todos le siguieron, con la variante de que ahora sólo le dirigían cuchufletas del peor gusto.

—Se ha gastado todo el dinero en un sombrero de copa... y ahora ha de volver a coger la pala... — decía uno.

—Escucha, Smagg, ¿no podrías utilizar tu sombrero para repartir carbón? — añadía otro.

La entrada en casa de la patrona fué de más peso aún, pues ella al verle que volvía e ima-

ginando que ya no llevaba dinero le hizo pagar por anticipado, y además subirse él mismo el baúl que durante aquel tiempo le había guardado en una habitación del primer piso.

Cuando el carbonero se vió otra vez en la buhardilla que le había cobijado durante tantos años, maquinalmente se cambió el vestido que llevaba por la ropa de carbonero. El chaqué, colgado de la percha, semejava un fantoche ridículo que le recordaba su fugaz esplendor.

Salió, compró una botella de *whisky* y regresó a la habitación. Bebió y a cada vaso que ingería, un nuevo Miguel Smagg renacía en él; el Miguel Smagg que dominaba los caballos, que se imponía a los hombres, que hacía suyas las mujeres...

—Es decir que tú te figuras ser algo más que yo... pues vas a ver cómo de mí no se ríe nadie... — dijo mirándose el chaqué.

Bebió otro vaso de *whisky*.

—... y hasta esa señorita que pensó comprarlos a los dos sabrá quién es Miguel Smagg, de la Asociación de carboneros...

Apuró otro vaso y continuó el soliloquio.

—...y se convencerá que para nada necesito cuello con pajarita y corbata con lacito!...

Ya era él, otra vez él, y Miguel se echó a la calle. Pasaba en aquel instante el carro, tirado

por dos caballos, que tantas veces guiara él, conducido por un compañero. Le detuvo, hizo bajar a éste y sin más contemplaciones de un puñetazo soberbio le tumbó en el suelo. Empuñó las bridas y a galope tendido se dirigió a casa de Myra Gaylord.

Los porteros quisieron impedirle el paso e hizo que se lo dejaran libre a fuerza de repartir sus acostumbrados azotes.

Llamó y al abrirle la criada recibió un empujón, con el susto consiguiente. En aquel momento iban a salir Dolly y Bradford que habían ido a buscar a Myra, quien no quiso acompañarles a causa de la desazón que la invadía desde el mismo instante en que de modo tan brusco perdiera al adorado carbonero.

Miguel, que no quería obstáculos, de un tirón mandó a Dolly a la escalera y luego de un brutal empujón Bradford se vió sentado en el suelo al lado de su amiga.

Como un autómatas siguió Miguel el camino e internóse en todas las habitaciones hasta que halló a Myra. Melancólicamente distraída pensaba en el amado.

Miguel se detuvo en la puerta, y entre corto y decidido, la dijo:

—Señorita, me marché, pero vuelvo... para llevármela a usted...



Myra quedó atónita. Miguel continuó:

—Comprendo que para los míos soy demasiado fino y para usted no llego tal vez a su ideal.

El mismo se iba animando a medida que hablaba.



...y Bradford se vió sentado en el suelo...

—...quería usted encender mi cerebro, pues bien, aquí lo tiene usted convertido en una hoguera peligrosa... Ha de saber usted que la amo, yo, sí, el carbonero con el que calculaba usted poder divertirse...

Ya completamente decidido cogió a Myra, la cargó sobre su hombro y descendió la escalera con su estimada y preciosa carga, mientras Dolly, Bradford y los porteros, le miraban atónitos, incapaces de oponer la menor resistencia.

Montó a Myra en el carro y abrazándola puso sus caballos a galope tendido. Ella le dijo, con voz débil:

—Está usted forzando mi voluntad...

—En mi familia todos somos así. Cuando una cosa nos gusta nos la llevamos. ¡Conque a casarse tocan!

—Pero, ¿es que nos vamos a casar? ¡Oh, felicidad!

Y más en alas de la fantasía que al trote de los briosos caballos, los dos enamorados llegaron a la iglesia donde un pastor les echó la bendición.

FIN

Próximo número:

**HUMANO EGOISMO**

por JOHN BOWERS, MARGARITA DE LA MOTTE,  
etc.

Postal-fotografía-regalo: ALICE JOYCE

**La Novela Semanal Cinematográfica**  
sale todos los miércoles. Precio. 25 céntimos

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

**Un éxito enorme**

está obteniendo el libro 10 de las selectas

**EDICIONES ESPECIALES**

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**

**EL FIN DE MONTECARLO**

por FRANCESCA BERTINI, JEAN ANGELO, etc.

**¡NO DEJE USTED DE COMPRARLO!**

**Lea usted mañana**

el libro 78 de la selecta BIBLIOTECA

*Los Grandes Filmes*

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**

**LA ÚNICA MUJER**

por

NORMA TALMADGE, EUGENE O'BRIEN, ETC.

**Ya se han puesto a la venta**

**La Colegiala que dió aquel mal paso**

Primer libro de la nueva colección de novelas modernas

LA NOVELA FAVORITA

y

**UN AVIADOR DE QUINCE AÑOS**

Novela de aventuras, por cuadernos

Ediciones BISTAGNE